

Dar mi nombre, esperar el turno, ser llamada, entrar.

Tomar la linterna y comenzar a alumbrar la historia, de este cine de papel, cuadro por cuadro. Terminar ahogada en una copa de vino, por qué no. Me siento en un barco, un barquito de papel marroc, un naufragio de bailarinas de ballet. ¿Dónde es el show? no lo sé, pero veo la coreografía desarrollarse en el espacio iluminado, ellas brillan y se mueven al compás de las olas.

La danza terminó al cruzar la cortina roja. Del otro lado, luz blanca, paredes blancas, la barra de un bar, una persona de Notre Dame la atiende solemne. Dos personas distintas pero iguales hablan de pintura, pintores, colores, texturas y olores, con admiración y nostalgia, de un puerto, del desarraigó, de observar la costa del río e imaginar que hay después de eso, de qué nos separa, del movimiento hipnótico del agua.

Tomamos cócteles de otro tiempo, intenso, mientras nos dejamos atravesar por la conversación, hasta sumergirnos, ya somos parte. Me inunda la nostalgia, me cuesta salir, me piden amablemente que lo haga.

Jimena Travaglio